

CONGRESO CATEQUÍSTICO: ANUNCIAMOS A JESÚS AL MUNDO DE HOY

Inspectoría salesiana de Nuestra Señora de Chiquinquirá (chinca)

17-19 agosto 2018

Conferencia:

Nuevas formas de catequizar: catequesis narrativa

José María Siciliani Barraza, Ph.D

INTRODUCCIÓN

La catequesis no puede situarse fuera del proyecto de la “nueva evangelización” promovido por la Iglesia Católica¹. La utilización del adjetivo “nueva” deja entrever que la forma tradicional de evangelización de la Iglesia no puede continuar, que hay que inventar nuevas maneras, nuevos lenguajes, nuevas metodologías, un nuevo estilo de comunicación de la Buena Nueva de Jesús. La presente conferencia quiere mostrar justamente una de esas formas que se podrían denominar novedosas en la evangelización, particularmente en la catequesis, a saber, la catequesis narrativa.

El orden expositivo de la conferencia es el siguiente: primero se mostrará por qué es necesaria la búsqueda de nuevos paradigmas catequéticos. En este primer punto tendremos la ocasión de tomar el pulso de la situación presente donde se realiza hoy la catequesis. Luego, en un segundo momento, presentaremos algunos fundamentos que dan solidez a este proyecto de catequesis narrativa. Finalmente mostraremos el núcleo de su pedagogía, que consiste en poner en el centro de la catequesis a la Palabra de Dios, particularmente a los relatos del evangelio y entrecruzar estos relatos con tres relatos más: el personal, el eclesial y el social.

Se puede notar que se parte de una mirada sobre la realidad, que luego se formulan los principios teóricos que permiten hacer una mirada crítico-constructiva frente a la crisis de la catequesis y que, finalmente, se plantean los rasgos pedagógico-catequéticos que caracterizan a este modelo en su accionar. Estamos, pues, en una lógica teológica bien conocida por nuestra Iglesia latinoamericana: ver, juzgar y actuar.

FRENTE A UNA SOCIEDAD QUE CAMBIÓ SE NECESITA UNA NUEVA CATEQUESIS

Aceptar audaz y esperanzadamente el desafío de un mundo en cambio

Cualquier documento reciente del Magisterio de la Iglesia habla de los cambios de la sociedad contemporánea². Un libro del Papa Francisco aparecido este año 2018 nos puede

¹ Una de las consecuencias de la inscripción de la catequesis en el amplio proyecto pastoral de una conferencia episcopal –y de una diócesis– es que la renovación de la catequesis no se puede reducir a un asunto didáctico o metodológico. Más bien hay que caer en cuenta de que se trata de un problema eclesiológico.

² Comenzando por la *Gaudium et Spes* (que en su numeral 4 asume el estudio de la “condición del hombre en el mundo contemporáneo”) hasta llegar a la exhortación apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium* (que dedica el capítulo segundo a la crisis del compromiso comunitario analizando “algunos desafíos del mundo actual: n° 52-75). Señalemos que algunos de los documentos magisteriales llevan

servir para indicar algunos de los aspectos cambiantes de la cultura actual: la paz y la guerra, las religiones y sus desviaciones fundamentalistas, las migraciones, la ecología, las desigualdades en el mundo, la familia, las nuevas tecnologías, entre otros³. También podemos ver el índice temático de algún documento de la Iglesia Latinoamericana y constataremos inmediatamente que los obispos latinoamericanos toman siempre como primer punto las mutaciones sociales y culturales de nuestros países⁴.

Pero no partamos de los textos; simplemente miremos a nuestro alrededor con honestidad; lancemos serenamente nuestra mirada sobre lo que acontece hoy en la cotidianidad de nuestro país y comparemos con lo que contemplaron nuestros abuelos: ellos nunca pudieron ver un travesti, no vieron a dos mujeres besándose en el autobús, no vieron una mezquita en la ciudad, como la vemos nosotros hoy en Bogotá en la calle 80, no vieron los cambios climáticos que conocemos hoy, no pudieron hablar por el teléfono celular ni conocieron toda la información susceptible de encontrarse en la web. Realmente el mundo ha cambiado. Es tan acelerado el cambio de situaciones y de cultura que se habla ahora de una época postmoderna⁵.

Un pequeño ejercicio lingüístico también nos puede ayudar a tomar mayor conciencia de este cambio epocal. En efecto, me parece que la mayoría de los niños de hoy quizás no puedan entender plenamente muchos dichos populares de nuestros abuelos: “no creer ni en el rejo de las campanas”; “en abril aguas mil”, “no dar puntada sin dedal” “ser más amarrado que el turbante de kaliman”. Pero también algunos dichos de ahora serían incomprensibles para nuestros abuelos: pensemos solamente en este: “estar siempre un clic adelante”.

Este cambio de vocabulario es importante porque nos ayuda a percibir algo fundamental: las transformaciones científico-tecnológicas y el desarrollo económico-social implican algo más profundo: un cambio de cultura, es decir, se trata de una transformación que instaura maneras nuevas de ver el mundo y de situarse en él. Y eso es lo que más importa observar para constatar por qué se necesita una nueva evangelización. En efecto, la transmisión de la fe implica un cambio de mentalidad (Ef 4, 23-24); asumir una manera de ver al mundo según Jesús que en muchos casos es realmente una propuesta contracultural, porque choca con la manera de concebir la vida, de pensar la felicidad, de priorizar los valores y de gastar el tiempo que inculca una mentalidad determinada como la del capitalismo actual⁶.

Desde el punto de vista religioso, ese cambio de época hay que asumirlo con mucha honestidad y coraje. Porque se trata de un cambio que nos incomoda y desafía. ¿Por qué? Porque la Iglesia, la fe y los valores del evangelio han salido del lugar que ocupaban antes en la vida de las sociedades. Fijémonos en la arquitectura de los pueblos de Colombia: en la

incluso en el título la palabra cambio o desarrollo. Recuérdense, por ejemplo, estos: *Populorum Progressio*, del Papa Pablo VI, 1967; la carta apostólica *El rápido desarrollo. A los responsables de las comunicaciones sociales*, del Papa Juan Pablo II, 2005.

³ Ver el libro: Papa Francisco (2018). *Política y sociedad. Conversaciones con Dominique Wolton*. Madrid, Ed. Encuentro.

⁴ Véase, por ejemplo, el último documento de *Aparecida*, del año 2017: n° 19 y 33-100: en estos últimos números el documento titula así los dos principales apartados (2.1 y 2.2): “La realidad que nos interpela como discípulos misioneros” y “situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos”.

⁵ Cfr. Ballesteros, Jesús (1989). *Posmodernidad: decadencia o resistencia*. Madrid, Ed. Tecnos. Lyotard, Jean-François. (1987). *La condición postmoderna*. Madrid, Ed. Cátedra. Vattimo, Gianni; Mardones, José María; Urduñabia, Iñaki [et al.]. (1990). *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Ed. Anthropos.

⁶ Ver justamente los desafíos que plantea el Papa Francisco mencionados arriba.

plaza central de cualquier pueblo tradicional estaba la Iglesia, la alcaldía y algunos edificios pequeños o casas representativas: la casa de la cultura, una panadería famosa, un restaurante tradicional, etc. Pero miremos una urbanización actual: en muchas de ellas no hay iglesias, y si las hay, se encuentran no en un sitio central de la urbanización sino escondidas en alguna cuadra secundaria del barrio.

Esto significa, entre otras, que la Iglesia y la religión en general no tienen ya el mismo lugar en la sociedad colombiana; que cierta forma de cristianismo ha dejado de tener relevancia para los hombres y mujeres de hoy; que los creyentes debemos imaginar y asumir con mucho coraje una forma nueva de relacionarnos con el mundo contemporáneo. Antes, hay que decirlo con honestidad, teníamos mucha injerencia, los sacerdotes eran muy importantes, la referencia moral solo provenía de la religión –y de la Iglesia católica–⁷, la autoridad de la verdad era un privilegio casi exclusivo de los jerarcas, etc. Todo eso ha cambiado muchísimo y tiende a desaparecer. Insistamos en esto: no se trata de la desaparición del cristianismo o de la fe, sino de una forma cultural asumida por esta en un período particular de la historia. Eso es lo que se está desmoronando. Tener claro esto nos libera de una cultura del miedo –incluso de cierta violencia restauracionista– y nos permite abrirnos y construir mejor una cultura de la confianza y del diálogo, una cultura del encuentro, como suele decir el Papa Francisco⁸.

Junto a este desplazamiento del puesto de la fe en la sociedad actual hay que señalar ciertos fenómenos socio-religiosos que complejizan la búsqueda de un nuevo lugar de la religión cristiana en la plaza pública o en los nuevos areópagos⁹: conquista de América Latina por parte de las iglesias evangélicas y neo pentecostales¹⁰, permanencia de grupos cristianos católicos que siguen trabajando por la justicia social, reconocimiento de un estado pluralista en la nueva constitución colombiana¹¹, fortalecimiento de una tendencia conservadora en todas las iglesias –incluida la católica–, búsqueda de experiencias espirituales a través de vías como el yoga o de prácticas tradicionales indígenas, manifestación abierta de grupos que se califican de ateos en nuestro país, escándalos terribles provocados por responsables de la Iglesia católica en materia sexual, despertar de una gran esperanza –primavera eclesial– en el Pontificado del Papa Francisco, etc.

A esto habría que añadir la compleja situación política de nuestro país, en la que la paz pareciera no tener buena acogida, y en la que se siguen acrecentando los problemas de narcotráfico y de consumo creciente de sustancias psicoactivas en los jóvenes, en donde la corrupción sigue socavando desgraciadamente el bienestar general, y en donde las desigualdades sociales y económicas aumentan.

⁷ Dicho de otro modo, antes no se podía ser éticamente correcto fuera de la Iglesia.

⁸ Cfr. Martínez, Julio L. (2017). *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*. Santander. Ed. Sal Terrae.

⁹ Ver el mensaje del Papa Benedicto XVI al Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos –Cardenal Ivan Dias–, con ocasión de la asamblea plenaria tuvo por tema San Pablo y los nuevos aerópagos. 16 de noviembre de 2009.

¹⁰ Galindo, Florencio (1994). *El 'Fenómeno de las sectas fundamentalistas'. La conquista evangélica de América Latina*. Stella, Ed. Verbo Divino.

¹¹ El artículo primero de la Constitución política colombiana de 1991 define la nación de reconociendo la pluralidad: “*Colombia es un Estado social de derecho, organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales, democrática, participativa y pluralista, fundada en el respeto de la dignidad humana, en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general*”.

Las anotaciones precedentes no han tenido ninguna pretensión de análisis exhaustivo de la situación del país. Ellas son, más bien, una invitación a tomar en serio el subtítulo de este apartado de mi ponencia: necesitamos una nueva evangelización porque la sociedad ha cambiado. Insisto en el punto porque hay una tendencia a negar el cambio, porque hay una inclinación –en cierta forma comprensible pero no justificable– a soñar con los tiempos pasados, a creer en una especie de restauración de épocas que no volverán. Esa actitud miedosa es una tentación que han de evitar los actuales evangelizadores. De asumirla, se haría una pastoral de conservación y se descuidaría tristemente la vocación misionera de la fe cristiana, que invita a cada creyente a salir al encuentro de los hermanos, así como el Hijo salió del seno del Padre despojándose de su condición divina (Flp 2) y plantando su tienda en medio de nosotros (Jn 1).

CUATRO FUNDAMENTOS DE LA CATEQUESIS NARRATIVA

Al asumir aquí algunos aspectos de la fundamentación teológica y pedagógica de la catequesis narrativa manifestamos lo siguiente: la catequesis no es una actividad de la Iglesia que carezca de bases teológicas sólidas. Por tanto, no se debe improvisar, no se debe tomar a la ligera. Cualquier negligencia o minusvaloración de la actividad catequética de la Iglesia responde a una visión miope de su valor. En efecto, la catequesis es la vía por la cual formamos a los cristianos que harán parte de nuestra comunidad eclesial. Así, no ser diligentes y serios a la hora de pensar y de hacer operativos los procesos catequéticos en la Iglesia manifiesta una falta grave de conciencia y un desorden imperdonable en la jerarquía de valores orientadores de la actividad evangelizadora.

Ahora bien, existen múltiples dimensiones de la catequesis narrativa que ameritan una vigorosa fundamentación. Aquí se abordarán sólo cuatro de ellas, dada la brevedad de esta conferencia. Estas cuatro dimensiones, no obstante, constituyen el núcleo de esta propuesta catequético-narrativa. Nos referiremos a las siguientes: la teológico-bíblica, la eclesial, la personal y la social. Antes de abordarlas, daremos una breve definición de lo que entendemos por catequesis narrativa.

He aquí, entonces, una buena descripción de la catequesis narrativa: “*es un ámbito propicio para el encuentro entre la historia de Dios y la historia de los hombres y mujeres de nuestro tiempo*”¹². Agreguemos algunos comentarios que se aclararán en los apartados siguientes: como ámbito, se trata de pensar en la catequesis como un tejido relacional comunitario, como un proceso de comunicación, como un ambiente principalmente fraternal. Como historia, hay que subrayar que se habla de la historia de Dios y de la historia de los seres humanos; se trata, pues, del cruce, de la intersección entre dos personajes: el ser humano y Dios. La catequesis narrativa busca que dos “personajes” se unan en un encuentro inaudito del que brota una historia insospechada. Este último aspecto de la definición remite directamente a la primera dimensión de la fundamentación. Veamos.

¹² La definición la extraemos de la introducción hecha por Enzo Biemmi en el siguiente libro: Equipo Europeo de Catequesis. (2011). *La dimensión narrativa de la catequesis*. Madrid, Ed. PPC, p. 9.

LA DIMENSIÓN TEOLOGICO-BÍBLICA

Pensar la catequesis desde la narración, ¿qué pone en juego? Dicho de otro modo, ¿definir la fe en el Dios de Jesucristo como una historia introduce algún cambio en la forma de hacer la catequesis? Si hemos insinuado más arriba que las apuestas de la catequesis no son simplemente pedagógicas sino principalmente teológicas porque implican un modelo de iglesia, es decir, una forma de comprender a la comunidad creyente, ¿no habría que decir que la narración implica aún ir más lejos y atreverse a formular la siguiente pregunta? ¿En qué y cómo la narración nos hace pensar de forma diferente a Dios?

Pues bien, la teología que soporta a este proyecto catequético narrativo se toma muy en serio la forma narrativa de la revelación de Dios en la Biblia. ¿Y qué es lo que encontramos allí? A un Dios narrado. Ciertamente, Dios también habla en la Biblia por medio de códigos (los mandamientos), mediante la poesía (algunos salmos), mediante discursos, mediante cartas, etc. Todas estas formas discursivas (tipologías textuales) se usan en la Biblia. No obstante, es innegable que la narración es la parte más voluminosa de la Biblia. No sabría decir exactamente cuál es el porcentaje, pero se constata incuestionablemente una primacía de lo narrativo en la Biblia. Esto significa que la Biblia cuenta a Dios, que lo narra. Aún más, que Dios se deja narrar, que Dios entra como personaje en unas historias en las que él interviene e interactúa con los seres humanos.

Desde el relato de la creación del mundo en el libro del Génesis hasta el combate apocalíptico, la Biblia está transida de relatos. Y esto tiene que hacernos pensar. El especialista en catequesis, Enzo Biemmi afirma lo siguiente: “en el conjunto de los lenguajes de la fe, la narración no aparece como uno más entre ellos sino como el lenguaje genético, fontal de todos ellos. Toda otra expresión o formulación ritual, doctrinal, argumentativa, existencial de la fe nace siempre de la <memoria> de un acontecimiento y de su renovado e ininterrumpido relato”¹³. Es al interior del relato bíblico, interrumpiéndolo, donde se sitúa el discurso, la norma, la poesía. Es como si dijéramos, la base de la Sagrada Escritura es una experiencia de vida hecha memoria, contada por quienes tuvieron la dicha de vivirla. De ahí se desprende un mandato expresado por el salmista, expresado hermosamente así: “bendice alma mía a Yahvé, no olvides sus amores” (Sal 102, 1).

Diríamos que en la Biblia se da la palabra a una experiencia vivida; que la ‘vida’ con Dios habla a través de la narración. Lo que han vivido los hombres y mujeres que se encontraron con Dios, lo que ha vivido la comunidad de Israel con Yahvé, lo que vivieron los primeros cristianos con Jesús, eso constituye la materia prima del relato bíblico. ¿Cómo interroga esto a la catequesis? ¿Qué consecuencias se sacan de ahí? ¿Cómo puede la catequesis pensar de forma renovada su identidad?

La catequesis narrativa invita a pensar a Dios como ‘personaje’ de una “historia”

Notemos que el fundamento teológico que se trata de explicar se enraíza en la Biblia misma, en el estilo de comunicación de la experiencia de fe que nos transmite la Sagrada

¹³ Equipo Europeo de Catequesis. (2011). *La dimensión narrativa de la catequesis*. Madrid, Ed. PPC, p. 5.

Escritura. De la constatación del carácter narrativo de la Biblia se pueden destacar dos aspectos que invitan a renovar nuestra forma de apreciar la catequesis. El primero tiene que ver con Dios mismo: si Dios es objeto de un relato, y si no hay relato sin espacio ni tiempo¹⁴, se puede concluir que el Dios de la Biblia se deja encontrar en la historia, en la vida concreta. Hablar de espacio y de tiempo es hablar de vida cotidiana, de casa, de pueblo, de aldea, de un desierto, de un campo, de un mar, etc. Pero es también hablar de una madrugada, de un anochecer, de un tiempo de pascua, de cuarenta años, de tiempos de hambre, de tiempos de cosecha o de enfermedad, etc. El ‘pan compartido’ –que es la Palabra de Dios– está amasado con la harina de la vida de sus personajes, sus lugares y sus épocas. Y eso significa que esos personajes encontraron a Dios allí, en lo cotidiano. Que el Dios de la Biblia se hizo historia y se mezcló en la vida de Israel, en la de los primeros cristianos y, por medio del Espíritu Santo, en la vida de toda persona y de cada criatura del universo.

Si la catequesis asume en serio el estilo de la revelación bíblica, tendrá como objetivo principal enseñar a los catequizados a descubrir a Dios en sus vidas, en sus tiempos y en sus espacios. No se tratará tanto de enseñar una doctrina sobre Dios, sino de despertar una sensibilidad, de hacer todo lo posible para que emerja una mirada de fe capaz de descubrir a Dios en la sencillez –incluso en la opacidad– de la vida diaria. Y esto supone una revolución: porque pensamos que se hace catequesis cuando se aprenden de memoria unas fórmulas doctrinales o cuando se practican algunos ritos. Sin negar la importancia de estos elementos doctrinales o litúrgicos, aquí decimos que está catequizado quien se ha iniciado en el arte de ver en su vida a Dios, de “presentir” su amorosa y desafiante presencia y de narrarla a los otros. Está catequizado quien descubre su vida en relación con Jesús; está catequizado quien es capaz de percibir que en todo lo que vive, el Señor Jesucristo está presente interpelándolo, confortándolo, fortaleciéndolo, tal como lo decía san Pablo: “en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28).

Ya podemos darnos cuenta que la apuesta de la catequesis narrativa no es sólo pedagógica, sino que en su forma de planear una secuencia didáctica pone en juego una forma bíblica de comprender a Dios: está en juego una visión teológica. De ahí que se pueda afirmar lo siguiente: “dime como concibes a Dios y yo te diré cómo es tu forma de hacer catequesis”. Este aforismo lo podemos formular también así: “dime como piensas la revelación de Dios en la Biblia y yo te diré cómo es tu catequesis”. Esta segunda formulación nos pone directamente en el segundo aspecto que queremos resaltar.

Pasar de una lógica doctrinal a una lógica narrativa

¿Cómo entender esta expresión difícil: “lógica narrativa”? Muy sencillamente: hay que pasar de los conceptos a la vida. De forma un poco abstracta esta idea ha sido expresada así por un teólogo francés: “pasar de la lógica de la exposición a la lógica del descubrimiento” (F. Bousquet). Veamos con detenimiento. La doctrina, por ejemplo el catecismo, es una exposición sistemática, ordenada, completa, del contenido de la vida cristiana. Allí está

¹⁴ Todo relato tiene cinco componentes indispensables: 1) los personajes, 2) las acciones articuladas en una trama, 3) una lógica temporal, 4) una lógica causal y 5) el espacio y el tiempo. Cfr. Marguerat, D & Bourquin, Y. (2000). *Cómo leer los relatos bíblicos. Introducción al análisis narrativo de la Biblia*, Santander, Ed. Sal Terrae, p. 34.

todo, allí se encuentran resumidas las principales afirmaciones de nuestra fe. Su lógica es la del orden, de la totalidad y la sistematicidad.

Pero acabamos de ver que la Biblia no tiene esa forma discursiva, esa forma ordenada de presentar el encuentro de un ser humano con Dios. La Biblia no es un libro de discursos sino un libro de historias. ¿Cuál es la diferencia entonces? Que la Biblia está escrita con la lógica del descubrimiento y no con la lógica de la doctrina. ¿Son contrarias las dos? En absoluto. La teología sistemática expuesta en el catecismo ha salido de la trenza narrativa de los relatos bíblicos. En los relatos de la Biblia hay teología, es decir, maneras de comprender a Dios, al ser humano, a la relación entre los dos; maneras de comprender la salvación, el pecado, el mal, el amor, la vida eterna, etc. Pero la Biblia no expone eso sistemáticamente, ordenadamente o conceptualmente.

Digamos que en la Biblia la verdad no tiene la forma del concepto sino la figura del relato. Un autor como Giuseppe Laiti escribe muy certeramente: “La verdad no tiene su casa primera en el ‘concepto’, en un conjunto de ideas claras y distintas, al amparo de las peripecias de la vida diaria, sino que se ofrece en los acontecimientos... la verdad nos llega en la historia, en forma de acontecimientos históricos, porque, en el fondo, ella es relato... la verdad pertenece fontalmente al orden de la relación, como el amor, como espacio otorgado al otro”¹⁵.

La lógica del relato no es conceptual, no es sistemática, sino que se sitúa allí en lo concreto de la vida, en la situación vital que atraviesa la gente que se encuentra con Dios: con sus dudas, sus traumas, sus trayectorias personales, sus etapas, sus fortalezas y sus fragilidades. Quizás esto nos ayude a comprender por qué cuando hemos acentuado exageradamente la enseñanza de la doctrina, –y seguramente con la buena intención de preservar el dogma católico– hemos dejado de lado la vida de la gente. O peor aún, nos volvemos incapaces de escuchar realmente lo que viven las personas de carne y hueso que queremos catequizar, porque nos parece que sus angustias y esperanzas –que torpemente calificamos de mundanas– no tienen nada que ver con nuestro “catálogo doctrinal” o porque lo contradicen. El importante principio cristiano de la encarnación se nos olvida fatalmente: “El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Principio que expresaba así san Pablo, desde una perspectiva pastoral: Me hecho todo a todos, judío con el judío, esclavo con el esclavo, lloré con el que lloraba, reí con el que reía... para ganarlos a todos (1Cor 9, 19-23; Rom 12, 15).

La revelación bíblica nos instruye sobre la forma de hacer la catequesis: lo que Dios revela no son ideas; lo que experimentaron los personajes bíblicos no fue primero una serie de conceptos sobre Dios, enseñados por los patriarcas, los profetas o los sabios de Israel; Jesús no enseñó un catálogo de fórmulas exactas sobre Dios. La revelación cristiana consignada en la Biblia tiene la lógica de una historia, de una peripecia vital que involucra a Dios en los meandros de la vida cotidiana de los hombres y mujeres de Israel y luego en la vida de los hombres y mujeres de Galilea, Samaría y Judea.

¹⁵ Laiti, G. (2011). Narrare la fe. Racconto, identità, verità. En: Revista *Evangelizzare*, feb, 346-351. Citado por Equipo Europeo de Catequesis (2011). *La dimensión narrativa de la catequesis*. Madrid, Ed. PPC, p. 8.

¿Cómo, entonces, dar a la catequesis este talante narrativo? Eso lo expondremos más adelante. Por ahora interesaba enfatizar esta orientación narrativa, este carácter histórico de la experiencia de Dios en la Biblia. Gracias a esta dimensión se puede comprender que el proyecto de catequesis narrativa no es un capricho de la moda, sino una forma de dar continuidad a la experiencia bíblica de Dios. Por la forma de involucrarse Dios en la vida de los creyentes del Pueblo de Israel y de la primitiva comunidad cristiana, estamos autorizados -bíblica y teológicamente- a pensar que este proyecto no es arbitrario. He aquí la primera fundamentación. Pasemos ahora a la segunda.

LA DIMENSIÓN ECLESIAL

Con esta expresión de “dimensión eclesial” nos referimos al carácter comunitario de la experiencia cristiana que intentamos promover en la catequesis narrativa. Hemos oído durante mucho tiempo que había que salvar el alma. Se inculcó así un sentido individualista de la fe que nos alejó mucho de la alegría comunitaria del evangelio. Y esta tendencia se ve hoy reforzada por una cultura individualista que tiende a reducir la fe a un asunto privado y emocional. El evangelio se limita a ser una vía de perfección individual, a una especie de obsesión por la autorrealización personal, sobre todo de carácter afectivo. La fe se convierte en una vía para esculpir narcisistamente la propia imagen y para construir una tranquilidad personal casi siempre ciega ante las historias de sufrimiento de los desheredados de este mundo. Esta forma de comprender deforma la fe cristiana creando cristianos que aman más su bienestar emocional que a Dios y al prójimo. Pero la fe es comunión; la fe es una fiesta y las fiestas no se hacen con una sola persona.

Desde un punto de vista narrativo, es interesante observar que la Biblia nos cuenta ciertamente historias de personas concretas: Abraham, Isaac, Moisés, Gedeón, Judith, Ruth, Esther, María, María Magdalena, Pedro, etc. Pero la vida de todos estos personajes está siempre ligada a la historia de una comunidad. Nunca se trata de historias de introspección personal gracias a las cuales estos hombres y mujeres se encontraron consigo mismos. Más bien son las historias de hombres y mujeres que estuvieron “involucrados”¹⁶ en la vida de su pueblo en nombre de su vida de fe.

Este carácter comunitario de las narrativas bíblicas nos enseña algo fundamental: la catequesis ha de promocionar y propiciar una experiencia de fraternidad. La catequesis debe sumergir al catequizado en una vivencia comunitaria donde se tejan fuertes lazos afectivos. ¿Cómo crear estas comunidades? Ahí está el reto. Digamos, por el momento, que tal desafío supone vencer el clericalismo, los verticalismos y modos pedagógicos que menosprecian el saber vital de la gente que busca a Dios en nuestras catequesis. Hay que dar un talante participativo a las sesiones de catequesis, en donde nadie se adueñe de la palabra, donde nadie aparezca como el maestro que sabe todo, que tiene claro todo. La labor de liderazgo aquí debe ser repensada cuidadosamente. Y esta revisión comienza por el uso del vocabulario: quizás no convenga hablar de líderes, así como Jesús advirtió hace veinte siglos que no conviene hablar ni de maestros ni de directores ni de padres en la comunidad cristiana, ya que ese lenguaje crea divisiones incompatibles con el evangelio (Mt 23, 8-11). Jesús proponía hablar preferiblemente de servidores.

¹⁶ Uso la palabra con toda la carga semántica que le da el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, N° 24.

Sumergirse en una comunidad implica entrar en una red, en un tejido vital de hermanos. Por eso este modelo de catequesis asocia, como lo veremos enseguida, una serie de estrategias pedagógicas que van más allá de la participación en las actividades litúrgicas¹⁷. La comunidad catequética ha de involucrar a los catequizados en un proceso en el que el testimonio sea una pieza clave: viendo qué hacen y cómo lo hacen los cristianos, el aprendiz entrará poco a poco en la vida de una comunidad en que se comparten la fe cristiana y todas sus implicaciones en la vida de los creyentes.

Para sintetizar, todas las actividades propuestas por la catequesis implicarán a los catequizados en procesos de transformación personales y comunitarios. Y quien dice transformación o cambio habla *ipso facto* de relato. Porque todo relato es el recorrido de un cambio en el que los personajes se afanan por lograr un objetivo. Se transforma algo en vista de un logro. La comunidad de catequizados podrá así convertirse en una comunidad que narra su propia experiencia de transformación en Jesucristo. Pero para narrar algo hay que haber vivido algo, de ahí la urgencia de pensar en actividades inspiradas, gradualmente, por el progresivo encuentro con Jesús en la catequesis.

LA DIMENSIÓN PERSONAL

Acabamos de hablar de la dimensión comunitaria de la catequesis narrativa. Ahora veamos otro polo fundamental: la dimensión personal. Nadie puede creer por otro en la Iglesia, cada quien, hombre o mujer, es llamado personalmente, por su nombre. La fe de los miembros de la comunidad cristiana estimula a los catequizados pero nunca les exonera de la opción personal por Jesucristo. Estas observaciones suponen también un cambio importante: el paso de un cristianismo por convención social, es decir, de costumbre, a un cristianismo asumido libre y personalmente. Si las historias de la Biblia –y sobre todo del evangelio– son historias comunitarias, también muestran la ineludible decisión de sus personajes ante el llamado de Dios. Los relatos de vocación, desde los profetas hasta san Pablo, recuerdan muy bien esa difícil llamada a la generosidad radical: “Ve y anuncia”, “Ve y profetiza”, “Sal de tu tierra”, “Ve y dile al Faraón”, “Pablo, por qué me persigues”, etc.

La catequesis narrativa focaliza su atención en una educación de la fe que penetre hasta los tuétanos, como dice una carta del Nuevo Testamento (Heb 4, 12). Esta cita de la carta a los Hebreos habla de una palabra que se introduce en las intenciones del corazón. Se sabe bien que la palabra corazón en la Biblia no es el músculo que bombea la sangre ni un “lugar” donde se anidan los sentimientos. Es más bien el ‘lugar’ donde se toman las decisiones, donde el ser humano se juega su destino. Por eso Jesús insistió en la necesidad de un cambio profundo del corazón y de sus deseos profundos (Mt 15, 8); por eso insistió en la necesidad de pasar de una religiosidad exterior (honrar a Dios con los labios) a una religiosidad del corazón.

Una evangelización que impulse a los catequizados a observar los deseos del corazón es entonces el objetivo de la catequesis narrativa. Si con la dimensión comunitaria de este

¹⁷ Incluso, como está sucediendo en un proceso en la Arquidiócesis de Bogotá actualmente (2018), la catequesis narrativa no se ofrece para preparar a un sacramento determinado sino para iniciar a la vida cristiana.

paradigma catequético nos veíamos impelidos a buscar modalidades de animación catequética más participativas y comunitarias, con esta dimensión reconocemos un llamado a realizar un trabajo personal importante: observar y discernir la historia de nuestros anhelos, para dejar que “el maestro del deseo” incline nuestros corazones a su voluntad (Sal 119, 36). Cuando entramos en el terreno de los deseos del corazón entramos en el santuario de las personas, pero es la única condición para que la fe sea realmente una opción profunda y no un simple barniz que se quita fácilmente, como señalaba el Papa Pablo VI¹⁸.

La larga tradición espiritual de la Iglesia conoce estos vericuetos por los que debe andar la catequesis. Una de las formas más interesantes en que esa tradición se ha expresado desde los inicios de la Iglesia es la del “discernimiento de espíritus”. Hoy estamos hablando de la interioridad o del hombre interior, del místico que ha de cultivar una profunda intimidad con Dios, gracias a la cual pueda llegar a un profundo conocimiento del amor de Dios en Jesucristo y al mismo tiempo a un hondo conocimiento de sí mismo.

En términos narrativos esto implica un trabajo sobre la propia historia personal a la luz de la palabra de Dios. Conviene recordar que la vida de todo hombre es una tarea de escritura de la propia historia de vida; que el ser humano es un *homo fabulator*, una “especie fabuladora”¹⁹ que debe inventar su vida. A esa condición antropológica²⁰ que incita a toda persona a apropiarse de su destino, a responsabilizarse de sí misma, se une la visión cristiana que dice: el cristiano escribe también su propia historia, pero dejando entrar en ella a Jesús. Ahora la escritura de la propia historia se hace con Dios. Quizás podríamos evocar aquí las palabras de san Pablo que afirma que somos una carta, escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra sino en tablas de carne, en los corazones (2Cor 3, 2-3). Por eso se ha de entender la catequesis narrativa como un “entramado de relatos” (E. Biemmi), tal como lo habíamos dicho antes y repetimos ahora con gusto. Citemos estas bellas palabras del teólogo A. Gesché sobre este punto:

Hacer de su vida la escritura de un destino puede evidentemente concebirse sin Dios; aunque sea bien difícil creer que un hombre, para escribir, no haya nunca encontrado lo sagrado, no haya nunca hecho la experiencia de una exterioridad, de una pertenencia, no haya nunca experimentado esta “secreta exultación temblorosa” frente a lo que lo sobrepasa (San Agustín). En todo caso, meter a Dios en el dibujo de su vida es propiamente hacer de esta un destino y, por consiguiente, una salvación, esta vez en el sentido más religioso del término. Allí Dios se presenta, en su alteridad, como el fuera-del-texto que nos permite la escritura de nuestro propio texto. Con Dios, el hombre da, en el sentido pictórico del término, una perspectiva a su paisaje interior y social. Así como en el dibujo la perspectiva “humaniza el vacío” y “el paisaje entonces se deslinda del mapa geográfico” (Berenson), es decir, de la simple facticidad bruta de un territorio, porque ahora “él depende de un punto de vista”, de igual forma la acogida de Dios en la perspectiva de una vida puede

¹⁸ *Evangelii nuntiandi* n° 20. Allí se expresaba Pablo VI en 1975 en estos términos: “lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios”.

¹⁹ Remitimos al fascinante libro de Huston, Nancy *La especie fabuladora*, Barcelona, Ed. Galaxia Gutenberg.

²⁰ Remitimos al interesante artículo del teólogo belga Adolfo Gesché, que hemos traducido para la revista de la Universidad De La Salle, Bogotá: *La salvación: escritura de la vida*, n° 74 (Sept. – Dic) 2017, pp. 13-37.

hacer de esta un destino. Construir con Dios un reino es dar existencia a su existencia, salvarla, darle sentido. El cristianismo no es sin duda una metafísica de las ideas, sino una metafísica de la existencia. La salvación propuesta por Dios está al servicio del destino del hombre. ¿La fe no consiste en hacer coincidir la existencia con una significación?, ¿en transformar una existencia en destino de trascendencia? “Cada hombre está sobre la tierra para significar algo que él ignora y realizar así una parcela o una montaña con los materiales invisibles con los cuales será edificada la ciudad de Dios”²¹.

Un trabajo serio sobre la historia de vida personal es una vía privilegiada para formar cristianos que, gracias al encuentro con Jesucristo, se han podido reconciliar consigo mismos, con su pasado, con sus herencias, con su cuerpo, con sus límites, con sus heridas. Sólo así se pueden formar cristianos movidos desde adentro, desde lo íntimo del corazón, cristianos de profundas convicciones. Porque la libertad interior exige ese éxodo hacia sí mismo, hacia el “hondón del alma”, en palabras de San Juan de la Cruz, donde actúa el Espíritu Santo. La catequesis narrativa presenta y fomenta así una fe vivida como camino de libertad interior, como sanación interior que catapulta a un compromiso con los demás, por la alegría de saberse amado gratuitamente por Dios.

Insistamos en este punto: al promover una relectura de la propia vida de cada catequizado(a), la catequesis narrativa promueve no solo un ejercicio de introspección psicológica, sino el descubrimiento de Dios mismo en la trama de cada historia de vida: releer la propia vida para leer allí a Dios, para descubrirlo actuante y amoroso. No pensemos que esto es algo absolutamente nuevo: san Agustín es el modelo de este ejercicio con sus famosas *Confesiones*. Este santo Padre de la Iglesia insistía en esta profunda verdad: “Contar la propia vida es contar la propia fe”²². No se trata, pues, de encontrarse sólo con uno mismo, sino con Dios en el fondo del corazón. En ese sentido se entiende esta bella fórmula de E. Husset: san Agustín no es verdaderamente él mismo sino cuando deja hablar a Dios en él”²³.

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA CATEQUESIS

En América Latina, gracias a la teología cultivada por muchos de nuestros teólogos o teólogas más eminentes (Gustavo Gutiérrez, John Sobrino, Eleazar López, Elsa Tamez, María Pilar Aquino, Ignacio Ellacuría, Carmiña Navia, Adolfo Galeano, Alberto Parra, María Pilar Aquino o Luis Alvez de Lima) tenemos una rica tradición que nos empuja a no descuidar la dimensión social de la fe cristiana. Es quizás por este contexto especial latinoamericano, donde hay tantas diferencias en la distribución del ingreso, que el Papa Francisco dedica el capítulo cuarto de su importantísima exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* a la “dimensión social de la evangelización”.

²¹ Ver el artículo citado en la nota precedente, en las páginas 18-19.

²² San Agustín, *Enarratio LV* y *Confesiones*, libro X.

²³ Nos permitimos citar esta bella reflexión del mismo autor en el mismo artículo: “Al ejercitar su memoria recordando acontecimientos diversos de su vida, el hombre es puesto en cuestión por aquello que le excede, y puede entonces ponerse en cuestión y comenzar así el proceso de personalización. Sólo hay verdadero despertar a sí en el estupor experimentado de cara al abismo de la memoria... la memoria no es primeramente un lugar de conocimiento del pasado de sí, sino la posibilidad de abrirse a los proyectos que Dios tiene para uno”. (Husset, Emmanuel, “La persona como creatura”. En: *Revista Teología y Vida*, Vol LI (2010), p. 172).

Me gusta repetir esta imagen del sacerdote claretiano español Atilano Alaiz: “el cristianismo es una escuela de servicio social no un centro de estética espiritual”²⁴, sobre todo en estos tiempos de individualismo. No sin razón se habla hoy, como lo evocamos al comienzo, de una cultura del bienestar que nos hace insensibles ante el dolor de los más pobres, de una cultura de la indiferencia y de la competitividad. Y si hemos insistido en el apartado anterior sobre la dimensión personal de la catequesis narrativa, que busca ir al corazón de cada catequizado, aquí insistimos en esta otra cara de este tetraedro²⁵ llamado la catequesis narrativa.

Desde este ángulo, la catequesis narrativa busca promover historias de fe relacionadas con los problemas sociales (políticos, económicos, ecológicos) de nuestra sociedad actual. La iniciación cristiana no puede descuidar este sentido de la solidaridad, esta sensibilidad ante el clamor y la angustia de los más necesitados, ese sentido de compasión y de amor eficaz que empuja a construir una sociedad más equitativa, más pacífica, más dialógica y unida.

LA PEDAGOGÍA PROPIA DE LA CATEQUESIS NARRATIVA

La pedagogía de la catequesis narrativa se caracteriza por una puesta en relación de cuatro historias, que corresponden a estas cuatro dimensiones planteadas en los respectivos apartados anteriores: la historia bíblica, la historia personal, la historia de la comunidad creyente y la historia social. Este orden no es aleatorio. En efecto, el centro de la catequesis narrativa lo ocupa la palabra de Dios. ¿Cómo hace la catequesis narrativa para darle centralidad a los relatos bíblicos?

Antes de responder a esta pregunta conviene precisar que esta catequesis se establece en un itinerario que ha de tener como mínimo dos años de duración, aunque lo ideal son tres. En este trayecto se espera que haya una reunión mínimo cada quince días y en pequeñas comunidades, con un máximo de 15 personas, ojalá animadas por dos catequistas. Dada la descristianización de nuestra cultura y la desmoralización en la que vive la humanidad, entrar en el mundo del relato bíblico supone un proceso que no puede ser inmediato, tanto más si, como se ha explicado, se busca formar una fe adulta que se arraigue en el corazón y lleve a los catequizados a una profunda libertad interior gracias al encuentro con Jesucristo.

Escudriñar y entrar en el mundo de los relatos bíblicos

Para poner a la Biblia en el corazón de la sesión catequesis esta pedagogía selecciona los relatos bíblicos –especialmente de los evangelios– que permitan vivir un trayecto, un camino de conversión profunda pero gradual, a Jesucristo. Hecha esa selección de textos según algunas etapas generales²⁶, se procede a la convocatoria y a la conformación de las pequeñas comunidades. Todo esto requiere del apoyo de la diócesis y, sobre todo, del párroco. Aunque es verdad que estos grupos se pueden formar separados de la vida parroquial con todas las implicaciones que esto puede tener.

²⁴ Alaiz, Atilano, (1993). *La conversión de los buenos*. Madrid, Ed. Paulinas, p. 358.

²⁵ Hablamos aquí en esta ponencia de tetraedro porque nos hemos limitado a hablar de las cuatro caras o dimensiones más importantes de este modelo catequético. Pero en realidad se podrían identificar otras dimensiones que nos permitirían hablar más bien de un poliedro.

²⁶ En la arquidiócesis de Bogotá, por ejemplo, se fijaron tres etapas: 1) Llamados a estar con él 2) El reino de Dios: don y tarea 3) Si alguno quiere venir en pos de mí. Cfr. Coordinación de iniciación cristiana (Arquidiócesis de Bogotá) (2018). *Itinerarios y procesos para la iniciación cristiana de adultos: y se quedaron con Él*. Bogotá, Ed. Instituto San Pablo Apóstol, p. 19-21.

Ya en la sesión de la pequeña comunidad se proclama con seriedad, en voz alta, el relato bíblico escogido para ese día; esta proclamación en voz alta la puede hacer alguno de los participantes; luego comienza el trabajo minucioso de observación del relato. Aquí la catequesis narrativa se sirve de las ciencias bíblicas –en particular de la exégesis narrativa– y mediante un ejercicio de transposición didáctica ayuda a los participantes a observar la forma en que está construido el relato. Dicho de forma más sencilla, se observa con cuidado a los personajes, sus acciones, la forma como se habla del tiempo, del espacio, las intervenciones que hace el narrador para aclarar, etc.

Resulta un trabajo apasionante que ayuda realmente a las personas a entrar en la Biblia y a dar la oportunidad al texto de hablar. Acostumbro a usar esta expresión: “habitar el texto”. También me gusta la expresión del biblista colombiano Anibal Cañaveral que trabaja con campesinos y por eso emplea la expresión “escarbar la Biblia”. Sí, se trata de abandonar ciertas costumbres que no nos dejan observar el texto, desde el cual resuena la Palabra de Dios. Piénsese en este tipo de malos hábitos: “ese texto ya lo conozco”; “ese texto habla de tal situación de nuestra vida”; “ese texto es muy difícil de entender”, etc. Siempre tendemos a proyectar rápidamente sobre el texto bíblico nuestras preocupaciones en lugar de dejar que Dios nos hable primero.

Generalmente este trabajo de observación de un relato bíblico termina con un momento oracional, en el que los participantes comparten sus sorpresas, la forma como han sido interpelados por el texto, la alegría de haber descubierto de forma novedosa un aspecto de la vida cristiana, etc. El ideal de este trabajo es que cada quien pueda decir al filo de las reuniones periódicas: “esa historia bíblica es mi historia”. Dicho de otro modo, que en lugar de creer que se lee la Biblia, se termine descubriendo que es la Biblia la que nos lee, la que nos permite vernos con otros ojos: aquellos con los que Dios Padre nos mira. Ella se vuelve como un espejo, como amaban decir los medievales, en que nos descubrimos imágenes de Dios.

Entrar de la mano de Jesús en la propia historia personal

A ese primer trabajo se añade, articulados estrechamente con los relatos bíblicos, una serie de ejercicios sobre la historia personal. Estos ejercicios son cuidadosamente diseñados por el catequista o por el equipo de catequesis. Veamos un ejemplo: al trabajar el relato de Zaqueo se observa que el narrador lo describe así: “buscaba ver quien es Jesús”; “Se subió a un árbol para poder verlo” (Lc 19, 3.5). A partir de esas frases se puede proponer un pequeño trabajo de escritura personal a cada participante, susceptible de ser realizado durante la sesión de catequesis o fuera de ella, en la casa. Se trata de reflexionar y contar la historia de los propios deseos. Esa historia se puede desatar y empezar a escribir con preguntas sencillas como estas: ¿Cuáles fueron tus deseos de infancia? ¿A la edad de 8 o 10 años? ¿Cuando eras adolescente? ¿Cuando tenías entre 20 y 25 años o ahora?

Generalmente se pide a los catequizados que escriban sobre sí mismos, y que poco a poco empiecen a auto-observarse. Para esto se recomienda –casi como una exigencia– empezar un pequeño cuaderno, una libretica de apuntes personales. La catequesis narrativa se presenta así como un ejercicio de elaboración autobiográfica que pide a los participantes

entrar en esa difícil modalidad de la pausa, de la tranquilidad y del coraje para detenerse y sacar tiempo para Dios y para sí mismo. Para escribir sobre sí mismo. En esto la catequesis narrativa se inspira profundamente de las confesiones de san Agustín y de los consejos de San Ignacio de Loyola con la famosa “oración de alianza” que consistía, básicamente, en una revisión de vida diaria. Aquí no se pide que se hagan estos ejercicios diariamente, pero sí que algunas veces se tenga el coraje de cerrar la puerta y mirarse a sí mismo con los ojos del Padre que ve en lo secreto (Mt 6, 6).

Insistamos en este punto: con el fin de poner en diálogo la vida personal y la Palabra de Dios, habrá que imaginar preguntas que ayuden a hacer esa articulación entre historia personal y relato bíblico. He aquí algunos ejemplos orientadores: ¿Por qué se podría hablar de Jesús como el ‘maestro del deseo’? ¿Crees que la vida cristiana supone para ti un trabajo sobre tus propios deseos? ¿Estarías de acuerdo en reconocer que hay deseos que nos pueden destruir? ¿Podrías contar una experiencia en que, movido por la publicidad, compraste algún objeto para ti o para tu casa? ¿Qué te hace pensar esa anécdota sobre la relación entre deseo y publicidad? ¿Cómo crees que una persona puede entrenar o ejercitar su corazón en el deseo de Dios? Es más, ¿Consideras a Dios deseable? ¿Por qué? ¿Crees que Dios desea algo de ti? ¿Qué? ¿Cómo crees que le surgió a Zaqueo el deseo de ver a Jesús? ¿Cómo surgió en ti el deseo de venir a estas sesiones de catequesis? ¿Podrías narrar esa historia tuya?

Entrar en la rica y compleja historia de la Iglesia

La catequesis narrativa es comunitaria. Y esa comunidad, en la fe cristiana, se llama Iglesia. Recordemos que esta palabra griega significa ‘asamblea’. ¿Cómo hacer, entonces, que los catequizados entren también en la historia de esa comunidad creyente que tiene ya más de dos mil años de andadura? No se trata de convertir a la catequesis en un curso de historia de la Iglesia. Se trata más bien de ir “condimentando” el trabajo de la pequeña comunidad, -centrado en los relatos bíblicos como su eje articulador- con pequeñas anécdotas de la vida de la Iglesia, en particular de la vida de los santos.

Hacemos énfasis en este punto: según san Agustín, las vidas de los santos son la prolongación de la historia bíblica, por eso este Padre de la Iglesia aconsejaba narrar la historia bíblica, desde la creación hasta el momento presente del catequista. Digámoslo de otra manera: la biblia ha sido capaz de engendrar muchas historias de santidad de hombres, mujeres, niños y niñas, que asumieron con generosidad el proyecto de Jesús. Y en los momentos claves de la historia de la Iglesia, bajo el imperio Romano, en la evangelización de los pueblos bárbaros, durante las cruzadas y el período de las grandes catedrales medievales, durante el renacimiento o en la colonización de América, durante los difíciles periodos de la revolución francesa, de la revolución industrial en el siglo XIX y durante el agitado siglo XX hasta hoy, siempre Dios ha puesto hombres y mujeres santos y santas que, como antorchas de la historia, mostraron a la comunidad eclesial los caminos evangélicos a seguir.

Es toda una mina de historias sabrosas, muchas de ellas condensadas en las célebres “florejillas”: las de san Francisco, de san Juan de Cruz, de san Juan XXIII, etc. Otras están condensadas en cartas, en autobiografías o en pequeñas anécdotas llenas de una profunda

sabiduría evangélica que hay que aprovechar en la catequesis. Hacer de la catequesis una encrucijada de historias, integrando, como una de ellas, a la historia de la Iglesia y su memoria de combate por la santidad es una vía privilegiada de la catequesis narrativa para formar el sentido comunitario de la fe cristiana.

Una última anotación de carácter pedagógico: esta historia debería desembocar en la historia de la parroquia: quién la fundó, quién construyó el templo, cómo sucedió todo eso. Interesarse por todo eso y conocerlo genera un sentido de pertenencia que difícilmente se logra bajo la ignorancia, según el célebre dicho: no se puede amar lo que no se conoce. Y cuando se conoce la historia menuda de la parroquia, de sus logros y dificultades, de sus avances, de su fundación, etc., se entra en una lógica de participación muy especial que nos atrevemos a calificar como una verdadera forma de racionalidad. A ella la denominamos “la magia del pensar históricamente”²⁷.

Construir un cristianismo con memoria social

La historia bíblica muestra las transformaciones de personajes que son modelos de fe, como nos enseña la carta a los Hebreos (Heb 11). Esos personajes –empezando por el más importante: Jesús– son la fuente principal de inspiración de la catequesis narrativa. Sus historias tienen el poder de transformar las historias personales de los catequizados y de formar una comunidad creyente que también construye una historia cuya riqueza vale la pena conocer, tal como lo acabamos de subrayar.

Pero tanto la vida de cada creyente como la vida de la Iglesia tienen una misión en el mundo: Jesús la describe con la metáfora de la levadura o de la sal (Mt 5, 13; 13, 33). La iglesia vive para evangelizar, existe por esa razón: compartir con el mundo la alegría del mensaje de Reino de Dios e instaurarlo entre los seres humanos. Esto hace que el cristianismo tenga una dimensión diaconal, de servicio al mundo, especialmente a los más pobres y desheredados de la sociedad actual. Esta vocación está en línea directa con el ejemplo mismo de Jesús. Efectivamente, Jesús se interesó por el bienestar integral de las personas: la salud, el alimento, la exclusión social, el descanso. Por consiguiente, también la catequesis tiene esa misión: desde el comienzo de la iniciación cristiana hay que formar cristianos capaces de ver las consecuencias de la fe sobre las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales.

Para formar ese sentido de lo social que brota de la fe, del encuentro con un Dios que sufre en la Cruz como víctima de la injusticia, la catequesis narrativa recurre –entre otras– a ciertas herramientas de algunas ciencias como la historiografía actual, la ética y la comunicación, articulándolas con el mensaje teológico que brota de cada relato bíblico trabajado pacientemente en cada una de las sesiones de catequesis. El objetivo último es aprender en la catequesis a observar los signos de los tiempos²⁸, aprender a mirar el mundo actual desde el evangelio. Se trata de aprender a leer la realidad socio-cultural, política, económica y ecológica con los ojos de Jesús, siguiendo la rica tradición de la Doctrina

²⁷ En ese sentido, me sigue causando mucha intriga por qué San Juan Bosco escribió una historia de la Iglesia para los jóvenes del oratorio, que según me comentó un padre salesiano, él contaba a los jóvenes por las noches.

²⁸ Cfr. Merino Beas, P. A. (2014). *La categoría teológica, signos de los tiempos: desde el concilio Vaticano II al pentecostés de Aparecida y Francisco*. Bogotá, Universidad Santo Tomás.

Social de la Iglesia. Conviene recordar que esta rica doctrina tiene su origen en la Biblia misma, que fue promovida por los Padres de la Iglesia, que conoció un auge especial a partir de la primera encíclica social de un Papa en 1891 –la *Rerum Novarum* de León XIII–, hasta llegar a la *Laudato Si* (Papa Francisco, 2015) y a las declaraciones sobre los problemas sociales hechas actualmente por tantas conferencias episcopales del mundo entero.

Ahora bien, las herramientas pedagógicas propuestas por la catequesis narrativa tienen un fuerte rasgo narrativo, pero son, esencialmente, instrumentos que ayudan a los catequizados a mirar el mundo desde la fe. Esto supone un trabajo muy interesante para el catequista, porque lo pone en actitud de búsqueda sobre las realidades sociales actuales. Un ejemplo nos puede servir para vislumbrar mejor esta dimensión social de la catequesis narrativa: si se abordara el relato de la viña de Nabot del capítulo 21 del libro de los Reyes, se podría buscar la historia de una persona desplazada a quien le arrebataron su tierra por la fuerza y contrastar esa historia colombiana actual con el relato bíblico. Así, poco a poco, la catequesis narrativa se empeña en sensibilizar a los catequizados sobre la realidad del país y sobre los desafíos que la predicación de Jesús propone ante tantas realidades que degradan la dignidad de los seres humanos hoy.

Es evidente que una mirada cada vez más informada y más profunda sobre la realidad social del país supone el diálogo de la catequesis con las ciencias sociales y humanas. Por ejemplo, sería ingenuo pretender comprender a fondo la situación de la minería en Colombia leyendo la carta a Timoteo. Hay que informarse, hay que conocer la historia del País, hay que estudiar y leer libros que no tienen –aparentemente²⁹– nada que ver con la religión. El evangelio no exonera al creyente de esta tarea formativa de su inteligencia, que bien articulada con la fe, siempre ha sido la norma de la Iglesia, como lo muestra muy bien el Papa San Juan Pablo II en su importante encíclica *Fides et ratio*.

Ahora bien, la historiografía actual tiene la ventaja de valorar la denominada micro-historia: se trata de pequeñas historias de personas que a menudo no aparecen en las narraciones oficiales de los grandes héroes, pero que realmente construyeron historia de forma muy eficaz. Según esta perspectiva, nos han contado una historia muy militarista, de grandes batallas, de grandes hazañas, pero nos han ocultado las pequeñas historias de personas insignificantes que en la opacidad de la cotidianidad contribuyeron poderosamente al avance de la civilización, a la conquista de los derechos humanos que hoy consideramos fundamentales e inviolables. Por eso muchos historiadores actuales se interesan por la vida y la historia de los barrios, de una tienda, de un campesino, etc.

La catequesis narrativa quiere también promover el conocimiento de la historia del país, de la ciudad, del barrio. Pero no para convertirse en una clase de historia. El principio de dosificación que hemos mencionado muy rápidamente en alguna línea aquí arriba es decisivo: se trata de seleccionar un pequeño acontecimiento de la vida del país, para explorar cómo surgió, cómo se consolidó, qué causas lo provocaron, qué consecuencias ha provocado. Y luego, poder hacer una conexión con el mensaje central del texto estudiado.

²⁹ Recuérdese que la *Gaudium et Spes* afirma al comienzo que para la Iglesia no hay nada humano que le resulte extraño: “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”, GS n° 1.

CONCLUSIÓN-RESUMEN

Siguiendo los llamados de los documentos magisteriales sobre la catequesis, hemos hecho eco a un llamado de la Iglesia: empeñarnos seriamente en pensar, fundamentar e implementar un nuevo paradigma catequético.

Hemos subrayado la razón de ser de esta necesidad de un cambio de paradigma en la catequesis: el mundo cambió radicalmente y sigue cambiando.

Hemos propuesto una alternativa: el paradigma de la catequesis narrativa.

Hemos presentado cuatro dimensiones vertebradoras de este paradigma y hemos mostrado sus fundamentos: el teológico-bíblico, el eclesial, el personal y el social.

Finalmente, hemos mostrado algunos elementos pedagógicos gracias a los cuales se denomina narrativo a este paradigma. En ese sentido hemos subrayado la centralidad de los relatos bíblicos, de los cuales el núcleo lo constituyen los relatos de la vida de Jesús.

Somos conscientes del carácter esquemático de esta presentación, pero la intención fue presentar una visión del modelo de catequesis narrativa que diera cuenta de sus elementos esenciales.

Invitamos a los oyentes –y lectores– a seguir buscando en esta línea, porque aquí quedan pendientes muchos aspectos por profundizar y afinar. De dichos aspectos vale la pena mencionar uno: la formación de los catequistas para este realizar este modelo catequético-narrativo. La formación que se les brinde tendrá que apuntar a formarlos con estas competencias: un fuerte sentido de la narrativa bíblica, profundamente sensibles, desde la fe, a las conexiones que se pueden establecer entre los relatos bíblicos y la vida de las personas, la historia de la Iglesia y las realidades socio-económicas que configura el capitalismo financiero actual y la tecno-ciencia.

Muchas gracias.

Prof. José María Siciliani Barraza, Ph.D.
Universidad de La Salle – Universidad de San Buenaventura.
Bogotá.